



En la Catedral de Colonia - -

NOTAS DE VIAJE

Las alegres campanas de Colonia despiertan al viajero español con un halago que evoca la patria: el campaneo de la Catedral, del Seminario, de veinte iglesias más, suena a Avila, a Toledo, a León la romántica; suena a reinos viejos, a calles silenciosas, a plazas donde nace la hierba, a canónigos graves que van al coro. Es domingo; el viajero, alegre como un pájaro, entra en la Catedral. Entonces está henchida con el canto solemne del Credo católico: las voces de los niños de coro salmodian el gozoso artículo de la resurrección: *Y resucitó al tercer día, según las Escrituras*: y luego, *¡ Y ascendió a los cielos!* con gozo sobreagudo, que engendra en el alma una emoción hacia lo alto, perfumada, leve, como nube de incienso. Entre las hojas de cardo y roble que están enguirnaldando las ojivas, hay una indudable palpitación jugosa; rojos, oros y azules se estremecen en los ventanales heridos por las voces pueriles; la Catedral entera vibra con el coro; y el Oficio, como una melodía, se desenvuelve lentamente en curvas de río, movientes y ondulantes; aún suavizadas por el oro viejo sobre el morado de los ornamentos en este tiempo de penitencia. Luego, el silencio; el pueblo fiel desciende con runrun de abeja las escalinatas, sale a la plaza bañada en sol primaveral; la Catedral se

ha quedado sola; en la honda y alta nave se va entrando el silencio; y entonces se oye el rumor de fuera, la ciudad que vive, el viento que se enreda en el encaje de arbotantes, pináculos, torres y cresterías, como el ruido del mar... ¡del mar! Y el viajero solitario se siente dentro del templo maravilloso como en una nave, traído y llevado sobre las aguas; sí, en los ventanales se pintan sombras como de vela; mirando a lo alto fijamente, los nervios que se enclavijan en los rosetones como manos cruzadas para la oración, los haces de columnas, los muros que se adivinan frágiles, parecen ondular y mecerse. La ilusión de los ojos lleva al alma dentro de la nave mística y allí la enclava en arrogante gesto de buen navegador, firme, ¿sobre la roca? ¿sobre las olas?; de todos modos, bien cerca del trajín de las aguas, adivinando espumas que no ve, aspirando bocanadas de un aire nuevo y fresco, de una fragancia abrileña y salina, formando a compás del imaginario vaivén, mientras los labios rezan y las manos se juntan, pensamientos con olas en los que va toda la gaya policromía de los rayos de sol que han pasado por los ventanales y que ahora se destrenzan sobre las piedras grises.

G. MARTÍNEZ SIERRA.